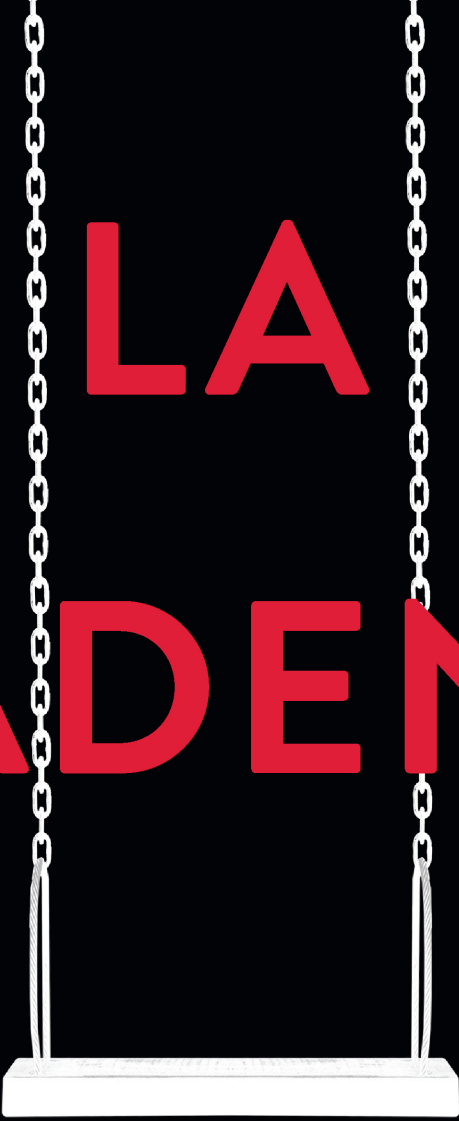




LA CADENA

VÍCTIMA • SOBREVIVIENTE • CULPABLE
YA ERES PARTE DE LA CADENA



ADRIAN McKINTY

ADRIAN McKINTY

LA CADENA

Traducción de Santiago del Rey

McKinty, Adrian

La cadena / Adrian McKinty. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.

448 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Santiago del Rey.

ISBN 978-950-49-6864-1

1. Novelas de Suspense. 2. Narrativa Inglesa. I. Rey, Santiago del, trad. II. Título.

CDD 823

Título original: *The Chain*

© Adrian McKinty, 2019

Publicado de acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA

© por la traducción, Santiago del Rey, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

ISBN: 978-84-08-21410-6

Canciones del interior:

pág. 5: © The Chain, 2007 Fleetwood Mac, Warner Bros. Records,
interpretada por Stevie Nicks.

Derechos reservados de esta edición

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: octubre de 2019

7.500 ejemplares

ISBN 978-950-49-6864-1

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de agosto de 2019

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

PRIMERA PARTE

Todas las chicas perdidas

Jueves, 7.55

Está sentada en la parada del autobús mirando los «Me gusta» de su cuenta de Instagram y no se fija siquiera en el hombre de la pistola hasta que lo tiene casi al lado.

Podría haber arrojado la mochila del colegio y correr a través de las marismas. Es una chica ágil de trece años y conoce las ciénagas y las arenas movedizas de Plum Island. Hay una leve niebla marina y el hombre es corpulento y desgarbado. La idea de correr tras ella lo habría puesto nervioso, y desde luego habría tenido que abandonar la persecución antes de que llegara el autobús escolar a las ocho en punto.

Todo esto se le pasa por la cabeza en un segundo.

Ahora el hombre está plantado frente a ella. Lleva un pasamontañas negro y le apunta al pecho con su pistola. Ella suelta un grito y el teléfono se le cae al suelo. Obviamente, no es una broma ni una travesura. Es noviembre, pero ya ha pasado una semana desde Halloween.

—¿Sabes qué es esto? —pregunta el hombre.

—Una pistola —dice Kylie.

—Una pistola que te apunta al corazón. Si gritas, te resistes o intentas correr, te dispararé, ¿entendido?

Ella asiente.

—Muy bien. De acuerdo. Mantén la calma. Ponte esta venda en los ojos. De lo que haga tu madre en las próximas veinticuatro horas dependerá que vivas o mueras. Y cuando..., y si te soltamos, no queremos que puedas identificarnos.

Temblando, Kylie se coloca la venda elástica y acolchada.

Un coche se detiene junto a ella. Se abre la puerta.

—Sube. Ojo con la cabeza —indica el hombre.

Se mete a tientas en el vehículo. La puerta se cierra. Piensa a toda velocidad. Sabe que no debería haber subido. Así es como desaparecen las chicas. Así es como se las llevan todos los días. Si subes al coche, se acabó la historia. Estás perdida. No has de subir; tienes que dar media vuelta y correr y correr.

Demasiado tarde.

—Ponle el cinturón —ordena una mujer desde el asiento de delante.

Kylie empieza a llorar bajo la venda.

El hombre se sienta detrás, a su lado, y le pone el cinturón.

—Procura mantener la calma, Kylie, por favor —pide—. No queremos hacerte daño en realidad.

—Tiene que ser un error —replica ella—. Mi madre no tiene dinero. No empieza en su nuevo trabajo hasta...

—¡Dile que se calle! —grita la mujer desde delante.

—No es por dinero, Kylie —explica el hombre—. Mira, mejor no digas nada, ¿entendido?

El coche arranca sobre un montón de arena y grava. Acelera con brusquedad y va cambiando de velocidad.

Kylie aguza el oído mientras cruzan el puente de Plum Island y se estremece al oír el ronco estertor del autobús escolar que pasa junto a ellos.

—No corras —dice el hombre.

El seguro de las puertas se cierra con un chasquido y Kylie se maldice a sí misma por la ocasión perdida. Podría haberse quitado el cinturón, haber abierto la puerta y rodado fuera del vehículo. Un ciego pavor empieza a apoderarse de ella.

—¿Por qué hacen esto? —gime.

—¿Qué le digo? —pregunta el hombre.

—No le digas nada. Que cierre el pico —replica la mujer.

—Tienes que estar callada, Kylie —señala él.

El coche circula deprisa por lo que debe de ser Water Street, cerca de Newburyport. Kylie se obliga a respirar hondo. Inspira y expira, inspira y expira, tal como le han enseñado los psicólogos del colegio en la clase de meditación. Sabe que para seguir viva debe ser paciente y estar atenta. Cursa octavo grado del programa acelerado. Todos dicen que es inteligente. Debe conservar la calma, fijarse en las cosas y aprovechar las ocasiones que se presenten.

Aquella chica de Austria sobrevivió, y también las chicas de Cleveland. Y ella vio en «Good Morning America» a la chica mormona a la que raptaron a los catorce años. Todas sobrevivieron. Tuvieron suerte, o quizá fue algo más que eso.

Se traga otra oleada de terror que casi la ahoga.

Oye que el coche entra en el puente de la Ruta 1 en Newburyport. Van a cruzar el río Merrimack hacia New Hampshire.

—No tan deprisa —masculla el hombre.

El coche reduce la velocidad unos minutos, pero poco a poco vuelve a acelerar.

Kylie piensa en su madre. Esa mañana va a Boston a ver a la oncóloga. «Pobre mamá, esto la va a...»

—Ay, Dios —dice la mujer que conduce, repentinamente horrorizada.

—¿Qué pasa? —pregunta el hombre.

—Acabamos de pasar frente a un coche de policía. Estaba parado en la frontera del estado.

—Calma. Me parece que estás... ¡Oh, no, sus luces se acercan! —exclama el hombre—. Te está indicando que pares. ¡Ibas demasiado rápido! Tienes que parar.

—Ya lo sé —responde la mujer.

—No importa. Aún no habrán denunciado el robo del coche. Llevaba semanas en ese callejón de Boston.

—El problema no es el coche. Es ella. Pásame la pistola.

—¿Qué pretendes hacer?

—¿Qué podemos hacer?

—Librarnos a base de labia —insiste el hombre.

—¿Con una chica secuestrada en el asiento trasero?

—Ella no dirá nada. ¿Verdad, Kylie?

—No. Lo prometo —gime.

—Dile que se esté callada. Quítale esa venda. Que baje la cabeza y mire hacia abajo —indica la mujer.

—Mantén los ojos cerrados. Y no hagas ningún ruido

—le dice el hombre a Kylie, quitándole la venda y bajándole la cabeza.

La mujer se detiene en el arcén. El coche de policía debe de haber parado detrás. Ella, obviamente, está observando al agente por el retrovisor.

—Está anotando la matrícula en su agenda —señala—. Y es probable que haya informado también por radio.

—No pasa nada. Habla con él. Todo saldrá bien.

—Estos patrulleros de la policía estatal llevan cámaras en el salpicadero, ¿no?

—Ni idea.

—Buscarán este coche. Y a tres personas. Tendremos que esconder el coche en el granero. Quizá durante años.

—No exageres. Sólo te va a poner una multa por exceso de velocidad.

Kylie oye un crujido de botas cuando el agente se apea de su vehículo y camina hacia ellos.

Luego oye cómo baja la ventanilla del lado del conductor.

—Ay, Dios —suspira la mujer cuando se acerca el agente.

El crujido de botas se detiene junto a la ventanilla abierta.

—¿Hay algún problema, agente? —pregunta la mujer.

—Señora, ¿sabe a qué velocidad iba? —dice el agente.

—No —responde ella.

—La he cronometrado a ochenta y tres kilómetros por hora. Y esto es una zona escolar de velocidad restringida a cuarenta por hora. Supongo que no habrá visto las señales.

—No. No sabía que había un colegio por aquí.

—Hay un montón de señales, señora.

—Lo siento, no las he visto.

—Tendré que examinar... —empieza a decir el agente, pero se interrumpe.

Kylie sabe que la está mirando a ella. Ahora tiembla de pies a cabeza.

—¿Es su hija la que está sentada a su lado, señor? —pregunta el agente.

—Sí —afirma el hombre.

—A ver, señorita. ¿Quiere mostrarme la cara, por favor?

Kylie levanta la cabeza, pero mantiene los ojos cerrados con fuerza. Aún está temblando. El agente se ha dado cuenta de que pasa algo raro. Transcurre medio segundo mientras el policía, Kylie, la mujer y el hombre deciden qué hacer.

La mujer deja escapar un gemido y luego suena un solo disparo.

Jueves, 8.35

Se supone que es una visita rutinaria a la oncóloga. Un control semestral para comprobar que todo va bien y que su cáncer de mama sigue en remisión. Rachel le ha dicho a Kylie que no se preocupara porque se siente de maravilla y es casi seguro que todo estará perfecto.

En secreto, sin embargo, sospecha que las cosas quizá no van tan bien. Inicialmente, esa cita estaba programada para el martes anterior a Acción de Gracias, pero la semana pasada se hizo un análisis de sangre y, cuando la doctora Reed vio los resultados, le dijo que fuera a la consulta esa mañana. A primera hora. La doctora Reed es una mujer seria, serena y equilibrada de Nueva Escocia, y no parece inclinada a las reacciones exageradas de pánico.

Rachel procura no pensar en ello mientras conduce hacia el sur por la I-95.

¿Qué sentido tiene preocuparse? Al fin y al cabo, aún no sabe nada. Quizá la doctora Reed vaya a marcharse a casa por Acción de Gracias y está adelantando todas sus visitas.

Rachel no se siente enferma. De hecho, no se había sentido tan bien desde hace un par de años. Durante un tiempo había creído que la mala suerte se había cebado en ella. Pero todo eso ha cambiado. El divorcio ha quedado atrás. Está preparando sus clases de filosofía para el nuevo trabajo que empezará en enero. Su pelo castaño ha vuelto a crecer casi del todo después de la quimio; ha recuperado fuerzas y engordado unos kilos. Ya ha superado las secuelas psíquicas del año pasado. Ahora vuelve a ser aquella mujer organizada que asumió dos empleos para costearle a Marty la Facultad de Derecho y para pagar la casa de Plum Island.

Sólo tiene treinta y cinco años. Aún tiene toda la vida por delante.

«Toca madera», piensa, y da unas palmadas a un trozo verde del salpicadero que espera que sea de madera, aunque sospecha que en realidad es de plástico. Entre el revoltijo de la parte trasera del Volvo 240 hay un viejo bastón de roble, pero no tiene sentido arriesgarse buscándolo a tientas con la mano.

Según su teléfono móvil son las 8.36. Kylie estará bajando del autobús y cruzando el parque infantil con Stuart. Le manda en un mensaje de texto el chiste tonto que se ha guardado durante toda la mañana:

Doctor, tengo todo el cuerpo
cubierto de pelo. ¿Qué padezco?

Al ver que Kylie no contesta tras un minuto, le manda la respuesta:

Padece *uzté* un *ozito*.

Sigue sin decir nada.

¿No te ha hecho gracia?

Kylie pasa de ella deliberadamente, piensa Rachel con una sonrisa, pero seguro que Stuart se está mondanando. Siempre se ríe con sus chistes tontos.

Son las 8.38 y el tráfico está volviéndose más denso.

No quiere llegar tarde. Ella nunca se retrasa. ¿Debería salir de la Interestatal y tomar la Ruta 1?

Los canadienses celebran de otra forma Acción de Gracias, recuerda de pronto. La doctora Reed quiere verla porque los resultados del análisis no tienen buena pinta. «No», dice en voz alta, meneando la cabeza. No va a caer otra vez en esa espiral de pensamiento negativo. Ahora está tirando hacia delante. Y, aunque tenga un pasaporte del Reino de los Enfermos, eso no va a definirla. Toda esa parte de su vida ya la ha dejado atrás: igual que el trabajo de camarera y conductora de Uber, igual que el hábito de dejarse embaucar por Marty.

Ahora, por fin, está utilizando todo su potencial. Ahora es profesora. Piensa en la clase inaugural. Quizá Schopenhauer resulte demasiado denso. Quizá debería empezar con ese chiste de Sartre y la camarera del Deux...

Su móvil empieza a sonar, sobresaltándola.

«Número desconocido», lee en la pantalla.

Responde conectando el altavoz.

—¿Hola?

—Dos cosas que debes recordar —dice una voz a través

de un dispositivo de distorsión de sonido—. Número uno: no eres la primera ni serás la última. Número dos: no es sólo cuestión de dinero, se trata de La Cadena.

«Debe de ser una especie de broma», asegura una parte de su cerebro. Pero otra parte más profunda, las estructuras primitivas de su cerebelo, empieza a reaccionar con una sensación que sólo puede describirse como puro terror animal.

—Creo que se ha equivocado de número —responde.

La voz continúa sin hacer caso:

—Dentro de cinco minutos recibirás la llamada más importante de tu vida, Rachel. Vas a tener que parar en el arcén. Debes estar muy atenta: recibirás instrucciones detalladas. Comprueba que la batería de tu móvil está completamente cargada y asegúrate de tener bolígrafo y papel para anotar las instrucciones. No voy a decirte que las cosas van a resultarte fáciles. Los próximos días serán muy complicados, pero La Cadena te ayudará a pasarlos.

Rachel siente mucho frío. Tiene un gusto metálico en la boca. Nota un ligero mareo.

—Voy a llamar a la policía o...

—Nada de policía. Lo harás muy bien, Rachel. No habrías sido seleccionada si hubiéramos creído que eras la clase de persona que se nos iba a desmoronar a las primeras de cambio. Lo que se te va a pedir quizá te parezca imposible, pero sin duda está al alcance de tus capacidades.

Ella siente como si una esquirla de hielo le recorriera la espalda. Una filtración del futuro en el presente. De un futuro terrorífico que, por lo visto, se manifestará al cabo de unos minutos.

—¿Quién es usted? —pregunta.

—Reza para no averiguar nunca quiénes somos y de qué somos capaces.

La línea enmudece.

Rachel vuelve a comprobar el identificador de llamadas, pero sigue sin aparecer el número. Esa voz, sin embargo... Artificialmente disimulada, resuelta y serena, escalofriante, llena de arrogancia. ¿Qué habrá querido decir con eso de «la llamada más importante de tu vida»? Mira por el retrovisor y pasa con el Volvo del carril rápido al central por si de verdad entra otra llamada.

Está tirando nerviosamente de un hilo suelto de su suéter rojo cuando el iPhone vuelve a sonar.

Otro número desconocido.

Pulsa con furia el botón verde.

—¿Hola?

—¿Rachel O'Neill? —pregunta una voz. Es una voz diferente. De mujer. Una mujer que parece muy angustiada.

Ella quiere responder «no», quiere postergar el desastre inminente diciendo que ahora ha empezado a usar otra vez su apellido de soltera —Rachel Klein—, pero sabe que no tiene ningún sentido. Nada de lo que diga o haga impedirá que esa mujer le comunique que ha ocurrido lo peor.

—Sí —dice.

—Lo siento muchísimo, Rachel. He de darte una noticia terrible. ¿Tienes bolígrafo y papel para las instrucciones?

—¿Qué ha pasado? —pregunta, ahora muerta de miedo.

—He secuestrado a tu hija.